ALONE y PROUST:
¿Admiración o Identificación?

Escritor Afirma: "No le Gusta Literato Francés; Ama Ambiente de sus Novelas"

ME PERMITO HACER un alcance a una respuesta dada por el critico Alone en la entrevista que ERCILLA le hace en su N.° 1.199, en "Un personaje al trasluz". Respondiendo a la pregunta de "cuáles serían a su juicio los tres escritores vivos que él embarcaría en el Arca, si fuera Noé, en el caso de un nuevo diluvio, para intentar que la literatura sobreviviera", el crítico contesta: "¿Para qué tantos? Bastaría con uno: Proust. Y no venga a decirme que murió; es el más viviente de los vivos."

Como respuesta no está mal, sobre todo viniendo de él. Proust es uno de los grandes de la literatura, y el hecho mismo de que Alone lo prefiera, ya es un buen síntoma, indica que no todo está perdido en él. A mí, por mi parte, si se me diera a escoger, me quedaría con Dostoiewski, y no por llevarle la contraria al crítico, sino que porque lisa y llanamente el hombre me gusta. ¡Qué le voy a hacer! Para comenzar, soy católico, pero no tengo prejuicios en contra de los artistas rusos, y segundo, porque mientras más obras leo, más me convenzo de la grandeza de "Los Hermanos Karamazoff", por ejemplo, y de la distancia enorme, inconmensurable, que existe entre Dostoiewski y el resto de los novelistas. Al lado de esos gigantes pletóricos, desbordantes de vida, que son Mitya e Iván, los tipos humanos de otros creadores, incluso de aquellos considerados grandes, semejan enanos, anémicos títeres manejados por hilos.

Cada lector tiene sus preferencias, y nosotros, desde luego, respetamos la suya. Pero ocurre que Alone ya ni sabe siquiera lo que le gusta a él. Tan poco espíritu de autoobservación posee. Hernán Díaz Arrieta cree en realidad que el escritor francés le agrada, pero se equivoca involuntariamente, porque **Proust no le gusta.** Me explico: El novelista, como cincelador de almas, no le interesa en nada; es otra cosa lo que lo fascina. Se necesita conocer muy poco el temperamento y las preferencias personales, literarias y políticas de este crítico, expuestas domingo a domingo en sus comentarios, para imaginar que Alone sienta admiración por un autor que, para principiar, tiene un estilo muy diferente al que le agrada a él, estilo en el cual, sencillo y fluído, Proust, por el contrario —¡bien lo sabemos todos!— usa un estilo retorcido y confuso, muy lejos de ser claro. Alone experimenta una predilección especial —lo ha repetido mil veces, y en la misma entrevista vuelve a repetirlo— por el estilo rápido, ágil y conciso. (¿A quién no le atrae?) ¿Todo lo contrario de la pluma de Proust. ¡La palabra conciso no la conoció ni de oídas! El creador de "En busca del tiempo perdido" es de una prolijidad, de una minuciosidad de relojero y de un ritmo tan lento, tan desesperante de lento, que lo suyo ya no es lentitud, casi, sino inmovilidad más bien. Esta prolijidad lo lleva a desplegar todo lujo de detalles, a veces innecesarios, para describir un personaje o un ambiente cualquiera, con ese estilo tan suyo de extender y extenderse interminablemente sobre una misma idea, en las menores minucias, no acabando nunca de puntualizar la frase, igual que esa gente que cuando cuenta una anécdota se enreda, da vueltas y vueltas, rodeándola de un sinfín de detalles superfluos, de suerte que cuando acaba ya nadie sabe de qué se trataba. Bien sabemos los lectores proustianos cuántas veces necesitamos volver atrás, una y hasta dos páginas, para retomar el hilo de la frase y acordarnos de cómo empezaba el párrafo.

Eso en lo referente al estilo, que en esa materia Alone puede discurrir, está bien: es su fuerte. De memoria saben los lectores suyos su amor a la gramática, que lo hace abrir los libros y convertirse en segunda, en un fiero cazador de comas y puntos. ¡Pero hasta ahí no más! Porque en cuanto a ideas, no sabe lo que es eso... Alone, de sólo escuchar la palabra Idea, con todo lo que se deriva de ella, se pone tritón y se encomienda a la Virgen, de modo que es inútil pensar que el crítico de "El Mercurio" se pueda entusiasmar por los puntos de vista religiosos, sociales o estéticos; en una palabra, por los problemas de fondo que plantea Proust, y por todos aquellos inherentes a la novela mismo, sean éstos la construcción de la obra o el estudio del alma de los personajes, aspecto este último en donde radica toda la importancia del gran novelista. Es aquí donde se revela como un hábil psicólogo, si bien es verdad que mientras otros —Stendhal y el mismo Dostoiewski, por citar sólo a dos— necesitan un par de páginas para "vestir" a un personaje e insuflarle vida, el autor de "En busca del tiempo perdido" precisa de un capítulo entero, debido a su estilo enrevesado, que lo hace confundirse, volver atrás y principiar de nuevo.

No se vaya a suponer tampoco que estamos imaginando que Alone, en la entrevista, no haya dicho lo que realmente piensa. De sobra sabe la familia literaria chilena que la adoración que nuestro hombre experimenta por el escritor francés es tan sincera como el amor que siente por James Dean una colegiala. Y tanto, que ve hasta en la sopa a Proust, y no hay comida en que, con motivo o sin él (eso es lo de menos), no lo saque a flote. Suponer aquello sería ser perspicaz en extremo. Claro es que conociendo al crítico y sabiendo lo "galino" que es este aspecto de sí, estaríamos tentados por supornerlo si no se tratara precisamente de este autor francés, ya que para él no es ninguna novedad esto de pensar una cosa y escribir después otra. En este terreno, Alone es campeón. Goza fama de confidenciar un juicio entre sus amigos íntimos acerca de un determinado poeta o prosista, y después escribir algo totalmente diverso en su crónica del domingo siguiente. (En un "Pro Arte" de hace unos diez años, citamos, a manera de ejemplo, el caso verídico sucedido a nosotros a raíz de la publicación de nuestro primer libro de ensayos, "Cartas de un librero a un escritor joven", en una polémica que tuvimos con él. ¿Se recuerda Alone?)

Y bien, ¿qué es lo que hace a Hernán Díaz Arrieta creer que le gusta Proust? El ambiente. El ambiente elegante, de vida social, de salón, que se respira en la obra clásica del autor francés. Alone, como buen arribista, se ha considerado siempre un intelectual ((oh!) aristócrata, de rancio apellido y de clase social muy por encima del resto de los escritores chilenos. (Por esto y nada más que por esto es que se siente "alone".) Hernán Díaz Arrieta se siente como el pescado en el agua, transportado al éxtasis, en esa atmósfera de salones nacarados en elegantes salones con lámparas de lágrimas y cortinajes de felpa. Así como la chiquilla de quince sueña con debutar en sociedad, del mismo modo Alone soñó siempre bailando una cuadrilla, una mazurka o un vals de Strauss, o viéndose repantigado, fumando un Piccadilly, cual un Oscar Wilde, en un sillón Luis XV, teniendo a sus pies una alfombra persa y a su alrededor ese exquisito ambiente de señoras con títulos nobiliarios, embajadores, duques, princesas, condes, valets y mozos de librea ofreciendo champaña, que es el de "En busca del tiempo perdido". Ese ambiente de clan, como lo llama Proust, de los Verdurin, con sus cenas y reuniones literarias, con los infaltables dilettanti y snobs que discuten de arte, entre los que están Swan, la Marquesa de Saint-Euverte, la princesa de los Laumes, Odette, el Marqués de Norpois, la Duquesa de Guermantes, Lady Rufus Israels, el Duque de Vendôme, la Marquesa de Gallardon, la Condesa de Marsantes, etc....

Y en que no falta el escritor pintoresco —Bergotte—, "ese bonhomiecito de cuerpo achaparrado, chato, todo lleno de huesos, de perilla negra y de nariz de caracol", que entre bostezo y bostezo declara muy suelto de cuerpo que detesta a Dostoiewski y a Tolstoi (pág. 131 del segundo tomo), lo que hace que Alone se sienta en el séptimo cielo, y se diga: Si Proust, que es francés, dice esto, ¿por qué no lo puedo decir yo como juicio mío? Y declara: "Dostoiewski me aburre. Me exaspera, me espanta, me produce enfermedad y desesperación. Quiero salir de su lectura como de un pozo asfixiante.". ("Defensa de Marcel Proust", por Pedro Selva, "El Imparcial", 12 de septiembre de 1948.) Desde luego que sin el seudónimo con que se le conoce sino que con otro, porque a Alone no le conviene firmarlo, pero como su estilo es inconfundible de nada le sirve esconderse tras un Pedro Selva o de cualquier otro nombre, cuando Alone quiere defender a Alone.

A Hernán Díaz Arrieta no le gusta el escritor en sí, como modelador de almas; le gusta única y exclusivamente el ambiente que escogió Proust para su novela. Si estos mismos personajes del novelista francés vivieran en un ambiente diverso, no tendrían para el crítico el menor interés, como no parecen tenerlo para él Rasgolnikoff, el misántropo, porque habita un cuartucho inmundo, ni ese genial Micawber, por vivir endeudado hasta las narices, escapando siempre de los acreedores, en los suburbios de Londres.

Por todo esto es que Alone cree que le gusta Proust. Y porque, inconscientemente, en el fondo de sí mismo, se reconoce de cuerpo entero en Swan, ese dilettante perfumado, la imagen de la ociosidad, como lo define Proust, "chiflado por todo lo que huele a antiguo, que vive en un viejo palacio, y que se siente perfectamente "calificado" (como Alone) para entrar en los salones elegantes de la burguesía, pero que a veces sufre una tremenda pena al convencerse de que debe renunciar definitivamente a sus sueños de llegar a ser un escritor famoso, porque, ¿qué podría esperar de un snobiento?". (Pág. 178, del primer tomo.)

HECTOR NEIRA SUANES
Santiago, 17 de mayo de 1958.

FEODOR DOSTOIEWSKI MARCEL PROUST

ALONE
Escritor niega predilección de crítico por Proust

HECTOR NEIRA

TRIBUNA

★ **SELECCION de cartas, opiniones particulares sobre diversos casos y situaciones. Los conceptos en ellos emitidos reflejan exclusivamente el sentir de sus firmantes.**

Propaganda Radial y Majaderías

"LES RUEGO DAR PUBLICIDAD a la presente y aprovecho la ocasión para felicitarlos por su revista, tal vez la mejor informada y veraz de la América Latina.

En ERCILLA 1.200 se publica una carta que responde a otra sobre propaganda de Jorge Alessandri. En la que me refiero, el señor M. Vidal trata de "inocente" al auditor que, parece con razón, resentido con la desagradable propaganda "gratuita" que trasmiten las emisoras, de todo Chile (¡).

¿A qué se refiere el señor Vidal cuando dice que las audiciones radiales son gratis? El auditor no paga por escuchar la radio, pero resulta que las diversas emisoras son empresas privadas que viven del auditor; pues suponemos que a ningún comerciante le interesaría ofrecer sus productos en una emisora que nadie escucha.

También suponemos otra cosa: el comerciante que ofrece sus productos en forma chabacana, de pésimo gusto, debería ser sancionado; aquel que a costa de sugestión y sólo sugestión trata de convencer a la masa de corderos de que su mercadería es la mejor, y no da lugar a que el humilde cordero reflexione un poco siquiera, pues todo el día le está gritando: "Yo soy campeón! ¡Usted come porque yo sólo le puedo dar trabajo!, etc". ¿Le parece digno y agradable todo esto al señor Vidal?

No, pues, mi amigo, para las cosas hay límites, y esto no tiene por qué estar fuera del límite de la decencia. Yo también soy auditor, y debo soportar a cada momento no sólo ésos, sino que otro montón de estrepitosos vanear; seguramente obras maestras de algunos zarramplines orgullosos de su maestría.

No me meto en los flébiles y dramáticos acontecimientos que hicieron posible que tal o cual campeón asentara a otro campeón, pues son asuntos de campeones, y yo no estoy a la altura de ellos para juzgarlos"...

H. BEAL RUIZ
Santiago.